

# Crocodile

CATALINA HERRERA RAVINET

Con sólo cinco años, su primer amor no fue otro que ese cocodrilo multicolor que vio la primera vez que llegó la feria a la ciudad. “Mil trescientos trece puntos”, le dijo el hombre del juego de diana a sus padres cuando insistió tanto para poder conseguirlo. Era hipnótico. E inalcanzable. Para obtener esa cantidad de puntos habría tenido que usar mucho más dinero del que se podían permitir en aquella época, cuando su padre aún no podía volver a trabajar y el sueldo de su madre era ínfimo.

Pero jugaron, al menos una partida ese año. Ganaron cinco puntos; no los suficientes para conseguir el cocodrilo, pero se prometió que cada año juntaría cada mínima moneda que le dieran para poder pagar otra partida.

Y otra. Y otra más. Una cada año.

A veces tenía suerte y podía jugar dos veces. Otras, su suerte no era tanto monetaria como de puntería, y los botones lila que el cocodrilo tenía por ojos le observaban desde su eterna repisa mientras guardaba con sumo cuidado los boletos ganados en su mochila. La ilusión de ese muñeco le daba fuerzas cada año, primero para poder sobrellevar con una actitud positiva los altibajos de su situación familiar, y luego, cuando pudo conseguir un pequeño trabajo en la tiendita de su barrio limpiando el almacén, guardaba un poco cada mes para poder seguir tirando dardos a las dianas.

Un día cada año durante dieciocho años. Sin importar la lluvia, el cansancio o los problemas, pasaba esa primera tarde de atracciones intentándolo. Incluso el año en que se rompió una pierna; tuvo que pasar semanas en cama, con la pierna inmóvil y los calambres que le hacían pensar en músculos atrofiados, pero su madre le repetía que *si te mejoras, podrás jugar*. De algún modo, esa vez ella pudo darle dinero para una segunda ronda.

Al cumplir los veintitrés, ya llevaba nada menos que mil doscientos cuarenta puntos. Esta vez, mientras hacía el recorrido habitual a la atracción, tenía la esperanza de que lo lograría, de que, por fin, se llevaría el cocodrilo a casa, de que podría ponerlo a los pies de su cama, o junto al escritorio. Casi un metro y medio de felpa y algodón que con toda seguridad no le dejarían estudiar.

El hombre, ya con el pelo entrecano, le sonrió para darle ánimos, como diciéndole “venga, tú puedes” con toda la sinceridad de quien le había visto año tras año sin ver flaquear su firme constancia. Una vez le había ofrecido dárselo a cambio de una tarde trabajando ahí, pero había recibido la respuesta que esperaba: un “gracias, pero me gusta jugar” cargado de amabilidad y decisión.

Esta vez le tendió los diez dardos nada más le vio aproximarse, y le indicó su espacio habitual junto a una chica nueva que llevaba jugando desde el mediodía, con casi tanto ahínco como el suyo. No había indicado ningún premio como su objetivo, simplemente jugaba. Se miraron brevemente, sin dejar que su oponente les distrajera. Acabaron casi al mismo tiempo, con la nueva un minuto antes.

- Quiero ese.

Al principio no miró a cuál se refería; sólo levantó la cabeza cuando a la indicación de la chica le siguió un silencio tenso. El hombre les observaba con suma incomodidad, mientras la chica no dejaba de observar el cocodrilo.

Se le atascó la voz en la garganta. *Ése, no. Por favor.* Intentó suplicar en voz alta, pero no lo conseguía.

La chica percibió su mirada de pánico y competitividad.

- ¿Algún problema?

Con esfuerzo, su contrincante mantuvo la calma. Ya había llegado a los mil trescientos veinte puntos. Los mismos que ella.

- Llevo jugando por ese cocodrilo desde que tengo memoria.

- Yo llevo toda la tarde aquí esquivando al pelmazo de mi vecino y acabo de mudarme por sexta vez de ciudad en un año. Me lo merezco.

Se produjo un intercambio de dardos desafiantes de iris a iris.

- Hagamos un trato.
- ¿Cuál?
- Tú me llevas a la mejor tienda de gorros que haya por aquí, y puedes quedártelo.

Lo pensó unos segundos. Asintió una vez. Sabía dónde ir. Sólo serían unos minutos en la misma dirección que la residencia de estudiantes, y luego se habría terminado.

Compraron siete gorros de lana, tres de ellos con estampados de colores y casi todos con una bola en la parte de arriba. Al día siguiente tuvieron su primera cita.

En su primera casa compartida, el cocodrilo ocupó el privilegiado lugar de la parte alta del armario, hasta que hacían el aseo y lo dejaban sobre la cómoda. Cuando se le despegó un ojo ocuparon una tarde entera para arreglarlo, y no durmieron hasta asegurarse de que estaba en su sitio.

Cuando se mudaron a una casa más grande y el camión les extravió por tres días sus pertenencias, pudieron enfrentarse mejor al desconcierto sólo cuando comprobaron que tenían el muñeco.

Su tercer nieto fue el único que les preguntó por él. Se miraron y, al comprender que él sería quien cuidaría del cocodrilo en su ausencia, sonrieron.

